

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

HENRY KUTTNER

LOS INVASORES

—Oh, eres tú —dijo Hayward—. ¿Recibiste mi telegrama?

La luz de la puerta de la cabaña resaltaba su figura alta y delgada, haciendo de su sombra una mancha larga y negra en la estrecha barra de resplandor que brillaba en la arena hacia donde surgían los rodillos verde-negros. Un ave marina lanzó un grito espeluznante desde la oscuridad.

—Adelante —dijo, dando un paso atrás.

Mason y yo lo seguimos hasta la cabaña.

Michael Hayward era escritor, y único. Muy pocos podrían crear la extraña atmósfera de horror sobrenatural que Hayward creaba en sus fantásticas historias de misterio. Tuvo imitadores, como todos los grandes escritores, pero ninguno logró la cruda y terrible ilusión de la realidad con la que invirtió sus fantasías, a menudo impactantes. Él fue mucho más allá de los límites de la experiencia humana y la superstición, profundizando en campos misteriosos. Los elementales vampíricos de Blackwood, los repugnantes líquenes de M. R. James, incluso el horror negro del Horla de De Maupassant y la Cosa Maldita de Bierce, palidecían en comparación.

No fueron los seres anormales sobre los que Hayward escribió tanto como la impresión magistral de la realidad que logró crear en la mente del lector: la horrible idea de que no estaba escribiendo ficción, sino que simplemente estaba transcribiendo en papel la cruda e infernal verdad. No es de extrañar que el público hastiado acogiera con avidez cada nueva historia suya.

Bill Mason me había telefoneado esa tarde al Journal, donde trabajaba, y me había leído un telegrama urgente de Hayward, preguntándome, de hecho, rogándonos, que fuéramos de inmediato a su cabaña aislada en la playa al norte de Santa Bárbara. Ahora, contemplándolo, me pregunté por la urgencia.

No parecía enfermo, aunque su delgada cara estaba más demacrada de lo habitual y sus ojos brillaban de forma antinatural. Había una tensión nerviosa en su actitud, y tuve la extraña impresión de que estaba escuchando atentamente, alerta, rastreando algún sonido fuera de la cabaña. Mientras tomaba nuestros abrigo y nos invitaba a sentarnos, Mason me miró preocupado.

Algo andaba mal. Mason lo sintió, yo lo sentí. Hayward llenó su pipa y la encendió, el humo se envolvió sobre su rígido cabello negro. Había sombras azuladas en sus sienes.

—¿Qué pasa, viejo? —me arriesgué—. Nos preocupó tu telegrama.

Él se sonrojó.

—Creo que estaba un poco nervioso cuando lo escribí. Ya ves, Gene, algo está mal, muy mal. Al principio pensé que podrían ser mis nervios, pero... no; es otra cosa.

Desde fuera de la cabaña llegó el agudo grito de una gaviota, y Hayward volvió la cara hacia la ventana. Sus ojos miraban fijamente, y lo vi reprimir un estremecimiento. Luego pareció recuperarse. Se enfrentó a nosotros, sus labios estaban comprimidos.

—Dime, Gene, y tú, Bill, ¿notaron algo extraño en el camino?

—No. ¿Por qué? —dije.

—¿Nada? ¿Estás seguro? Podría haber parecido algo sin importancia, cualquier sonido, quiero decir.

—Las gaviotas —dijo Mason, frunciendo el ceño—. Recuerdas que te lo mencioné, Gene.

Hayward lo interceptó bruscamente.

—¿Gaviotas?

—Sí. Es decir, pájaros de algún tipo, no sonaban como gaviotas. No pudimos verlos, pero siguieron al auto, llamándose unos a otros. Pudimos escucharlos. Pero, aparte de los pájaros...

Dudé, asombrado por la expresión del rostro de Hayward, casi de desesperación. Él dijo:

—No, eso es todo, Gene. Pero no eran pájaros. Son algo más, pero no lo vas a creer —susurró, y había miedo en sus ojos—; no hasta que los veas, y entonces será demasiado tarde.

—Mike —dije—. Has estado trabajando demasiado. Tienes...

—No —interrumpió—. No estoy perdiendo el control. Esas extrañas historias mías no me han vuelto loco, si eso es lo que estás pensando. Estoy tan cuerdo como tú. La

verdad —dijo muy lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado— es que estoy siendo atacado.

Gruñí por dentro. Delirios de persecución: un síntoma de locura. ¿Estaba la mente de Hayward realmente desmoronándose? ¿Por qué, me pregunté, eran sus ojos tan anormalmente brillantes y su rostro delgado estaba tan sonrojado? ¿Y por qué seguía disparando miradas rápidas y furtivas a la ventana?

Me volví hacia la ventana. Empecé a decir algo y me detuve.

Estaba mirando una enredadera. Es decir, se parecía más a una enredadera gruesa y carnosa que a cualquier otra cosa, pero nunca había visto una planta tan parecida a la cuerda que se extendía a lo largo del borde de la ventana. Abrí la ventana para verla mejor.

Era tan gruesa como mi antebrazo y muy pálida, de un marfil amarillento. Poseía una curiosa textura brillante que la hacía parecer semitransparente, y terminaba en un muñón de aspecto crudo que estaba cubierto de cilios rígidos y peludos. La punta de alguna manera me hizo pensar en la trompa de un elefante, aunque no había una similitud real. El otro extremo colgaba del alféizar de la ventana y desaparecía en la oscuridad hacia el frente de la casa. De alguna manera, no me gustó el aspecto de la cosa.

—¿Qué es? —Mason preguntó detrás de mí.

Saqué una mano por la ventana para tocar la cosa y sentí un severo estremecimiento, porque algo comenzó a deslizarse por mi mano.

—¡Hay alguien afuera! Lo sentí... una mano... —dije.

—Cierra esa ventana —jadeó Hayward.

La cerró de golpe. Entonces escuché el grito inarticulado y jadeante de Mason. Estaba de pie en la puerta abierta. Su rostro estaba cambiando, transfigurado por el asombro y el odio.

Desde fuera del portal llegó un chillido, un maullido, y una ráfaga de grandes vientos. La arena se arremolinó a través de la puerta. Vi a Mason tambalearse hacia atrás, su brazo levantado ante sus ojos.

Hayward saltó hacia la puerta y la cerró de golpe. Ayudé al ahora tembloroso Mason a sentarse. Era terrible ver a este hombre generalmente imperturbable en manos de lo que solo podía llamarse pánico. Se dejó caer en el asiento, mirándome con ojos perdidos. Le di mi vaso; sus dedos estaban blancos mientras lo agarraban. Tomó un

trago apresurado. Su respiración era rápida y desigual.

Hayward se acercó a mí y se quedó mirando a Mason con lástima.

—¿Qué diablos pasa? —dije, pero Mason me ignoró, solo tenía ojos para Hayward.

—Dios mío en el cielo —susurró—. ¿Me he vuelto loco, Hayward?

Hayward sacudió la cabeza lentamente.

—Yo también los he visto.

—Bill —dije bruscamente—. ¿Qué hay ahí afuera? ¿Qué viste?

Solo sacudió la cabeza violentamente, intentando reprimir los violentos paroxismos de temblor que lo sacudían. Me di la vuelta, fui a la puerta y la abrí. No sé qué esperaba ver, algún animal, tal vez, un león de montaña o incluso una enorme serpiente de algún tipo. Pero no había nada allí, solo la playa blanca y vacía.

Era cierto que había un área en forma de disco de arena perturbada cerca, pero no pude hacer nada al respecto. Escuché a Hayward gritándome que cerrara la puerta.

La cerré.

—No hay nada allí —dije.

—Debe haberse ido —logró decir Mason—. Dame otro trago, ¿quieres?

Le alcancé otro vaso. Hayward estaba hurgando en su escritorio.

—Mira —dijo después de un momento, volviendo con un trozo de papel amarillo. Se lo lanzó a Mason, y Bill jadeó algo incoherente—. Eso es todo —dijo, manteniendo su voz bajo control—. ¡Eso es lo que vi!

Miré por encima de su hombro, escudriñando el papel. Era un boceto a lápiz de algo que parecía haber surgido de la pesadilla de un naturalista. A primera vista, tuve la impresión de un globo terráqueo, extrañamente aplanado en la parte superior e inferior, y cubierto con lo que al principio pensé que era un crecimiento de pelos muy largos y gruesos. Entonces vi que eran apéndices, tentáculos delgados. En la superficie rugosa superior de la cosa había un gran ojo facetado, y debajo de este un orificio arrugado que tal vez correspondía a una boca. Esbozado apresuradamente por Hayward, que no era artista, sin embargo, era poderosamente evocador de lo horrible.

—Esa es la cosa —dijo Mason—. También brillaba, sin embargo, y emitía este extraño

sonido.

—¿Adónde se fue? —preguntó Hayward.

—No lo sé. No se alejó ni se fue al océano. Estoy seguro de eso. Todo lo que escuché fue esa ráfaga de viento y la arena soplando en mis ojos.

Me estremecí.

—Hace frío —dijo Hayward, mirándome—. Siempre hace frío cuando vienen.

En silencio, comenzó a encender un fuego en la chimenea de piedra.

—¡Pero esas cosas no pueden existir! —Mason gritó en repentina protesta. Luego, en tonos de desesperación—: ¡Pero lo vi, lo vi!

—Tranquilízate, Bill —espeté.

—No me importa lo que pienses, Gene —gritó—. Siempre me he reído de esas cosas: leyendas, sueños, pero, ¡Dios!, cuando uno lo ve... Oh, no estoy tratando de engañarte, Gene. Probablemente verás la cosa tú mismo en poco tiempo —terminó con una curiosa nota de horror en su voz.

Sabía que no estaba mintiendo. Aun así, dije:

—¿Estás seguro de que no fue un espejismo? ¿Tal vez una ilusión óptica?

Hayward me irrumpió.

—No, Gene —nos miró gravemente, tenía líneas de preocupación marcadas en la comisura—. No es una ilusión. Es la cruda y horrible verdad. Incluso ahora, a veces trato de hacerme creer que estoy soñando con una pesadilla fantástica e increíble de la que eventualmente despertaré. Pero no. No pude soportarlo más, al menos solo. Las cosas han estado aquí por dos días. Hay varias de ellas, cinco o seis, tal vez más. Por eso te envié el telegrama.

—¿Cinco o seis de qué? —exigí, pero Mason me interrumpió rápidamente.

—¿No podemos salir? Mi auto está cerca del camino.

—¿No crees que lo he intentado? —gritó Hayward—. Yo también tengo mi auto. De hecho, anoche estaba a punto de conducir por Santa Bárbara. Pensé que podría escapar al amparo de la oscuridad. Pero los ruidos, esos sonidos que hacen, se hicieron cada vez más fuertes, y tuve la sensación, de alguna manera, de que se

estaban preparando para caer sobre mí. Le pedí a un hombre que te enviara el telegrama y me quedé aquí.

—Pero, ¿qué son? —estalló Mason estalló—. ¿No tienes una idea? Tales cosas no solo aparecen. Alguna forma de vida híbrida del mar, tal vez, alguna forma de vida desconocida...

Hayward asintió con la cabeza.

—Exactamente. Una forma de vida desconocida. Pero una totalmente extraña, ajena a la humanidad. No del mar, Bill, no del mar. Desde otra dimensión, otro plano de existencia.

Esto fue demasiado para mí.

—Oh, vamos, Hayward. Realmente no se puede afirmar algo así; está en contra de toda lógica.

—No lo viste —dijo Mason, mirándome—. Si hubieras visto esa cosa espantosa y obscena, como yo lo hice...

—Miren —interrumpió Hayward abruptamente—. No, no debería haberlos involucrado en esto. Ver lo que le ha hecho a Bill me ha hecho darme cuenta: todavía puedes irte, ya sabes. Quizás sería mejor...

Sacudí mi cabeza. No iba a huir de un grito en la noche, una vid de aspecto extraño, una ilusión óptica. Además, sabía el esfuerzo que le había costado a Hayward pronunciar esas palabras. Pero antes de que pudiera hablar, un extraño y agudo grito vino de afuera de la casa. Hayward miró rápidamente hacia la ventana. Había bajado la persiana.

Su rostro era grave.

—He cambiado de opinión —dijo—. No debes salir de casa esta noche. Mañana, tal vez...

Se giró hacia su escritorio y tomó una pequeña caja de pastillas. Silenciosamente extendió su mano, sobre la que había dejado caer unos cuantos gránulos negros y redondos.

Tomé uno y lo olisqueé con curiosidad. Sentí una extraña sensación de cosquilleo en las fosas nasales y, de repente, sin razón aparente, pensé en un incidente de la infancia enterrado en el pasado, nada importante, simplemente una visita clandestina a un huerto de manzanas con dos amigos jóvenes. Habíamos llenado dos sacos de yute.

¿Por qué debería recordar esto ahora? Había olvidado por completo esa aventura de la infancia, al menos, no había pensado en ella durante años.

Hayward me quitó la píldora apresuradamente, mirándome la cara.

—Ese fue el comienzo —dijo después de una pausa—. Es una droga. Sí —continuó ante nuestras expresiones de sorpresa—. La he estado tomando. ¡Oh, no es hachís ni opio, ojalá lo fuera! Es mucho peor: obtuve la fórmula del De Vermis Mysteriis de Ludvig Prinn.

—¿Qué? —estaba sorprendido— ¿Dónde... ?

Hayward tosió.

—De hecho, Gene, tuve que recurrir a un pequeño soborno. El libro está guardado en una bóveda en la Biblioteca Huntington, ya sabes, pero logré obtener copias fotostáticas de las páginas que necesitaba.

—¿De qué se trata este libro? —preguntó Mason, impaciente.

—Misterios del gusano —dije—. Lo he visto mencionado en los despachos del periódico. Es una de las referencias tabúes: tenemos órdenes de eliminarlo de cualquier historia en la que aparezca.

—Tales cosas se mantienen en silencio —dijo Hayward—. Casi nadie en California sabe que ese libro existe en la Biblioteca Huntington. Libros como ese no son para el conocimiento general. Verán, se supone que el hombre que lo escribió era un viejo hechicero flamenco, que había aprendido la sabiduría prohibida, y que escribió el libro mientras estaba en prisión en espera de ser sometido a un juicio por brujería. El volumen ha sido suprimido por las autoridades en todos los países en los que circuló. En él encontré la fórmula para este medicamento.

Sacudió los gránulos en su mano.

—También puedo decirles que es la fuente de mis historias extrañas. Tiene un poderoso efecto estimulante en la imaginación.

—¿Cuáles son sus otros efectos? —pregunté.

—Es una droga del tiempo —dijo Hayward, y nos miró.

Le devolvimos la mirada.

—No quiero decir que el medicamento permita que el usuario se mueva en tiempo. No físicamente, en cualquier caso. Pero al tomar este medicamento, he podido recordar ciertas cosas que nunca había experimentado en esta vida.

«La droga le permite a uno acceder a sus recuerdos ancestrales —continuó rápidamente—. ¿Qué tiene de extraño eso? Puedo recordar vidas pasadas, reencarnaciones anteriores. Has oído hablar de la transmigración de las almas: más de la mitad de la población del mundo cree en ella. Es la doctrina de que el alma deja el cuerpo al morir para entrar en otro, como el cangrejo ermitaño, moviéndose de un caparazón a otro.

—Imposible —dije.

Pero recordaba mi extraño destello de memoria mientras examinaba uno de los gránulos.

—¿Y por qué? —exigió Hayward—. Seguramente el alma, la esencia viva, tiene un recuerdo. ¿Y si esa memoria oculta y sumergida puede ser arrastrada desde el subconsciente a la conciencia? Los viejos místicos tenían poderes extraños, Gene. No olvides que he tomado la droga.

—¿Cómo fue tu experiencia? —Mason quería saberlo.

—Fue, bueno, como un torrente de recuerdos, como una imagen en movimiento, desplegada, no puedo dejarlo más claro que eso.

«Me llevó a Italia, la primera vez. Fue durante el reinado de Borgia. Puedo recordarlo vívidamente: tramas y conspiraciones, y finalmente me trasladó a Francia, donde yo, o más bien este antepasado mío, murió en una pelea de taberna. Fue todo muy vívido, muy real.

«He seguido tomando la droga desde entonces, aunque no es un hábito. Después de despertarme de mi estado de sueño, generalmente toma de dos a cuatro horas hasta que mi mente vuelve a sentirse clara, desatada. Ahí es cuando escribo.

«No tienes idea de cuán atrás se remontan estos recuerdos ancestrales. ¡Generaciones! ¡Edades! ¡Eones inconcebibles! De vuelta a Genghis Khan, de regreso a Egipto y Babilonia, y más allá de eso, de vuelta a las fabulosas tierras hundidas de Mu y Atlantis. Fue en esos primeros recuerdos, en una tierra que existe hoy solo como un mito, que encontré por primera vez esas cosas: el horror que viste esta noche. Existieron en la Tierra entonces, hace incontables milenios. Y yo...

De nuevo escuchamos el grito estridente. Esta vez sonó como si viniera directamente de encima de la cabaña. Sentí una punzada de frío repentino, como si la temperatura

hubiera bajado bruscamente. Hubo un silencio pesado y siniestro en el que el sonido de las olas retumbaba como el estrépito de grandes tambores.

El sudor brillaba en la frente de Hayward.

—Los he llamado a la Tierra —murmuró con voz apagada—. Los Misterios del Gusano dieron una lista de precauciones antes de usar la droga: el Pentágono Pnakótico, los signos cabalísticos de protección, cosas que no entenderías. El libro daba terribles advertencias de lo que podría suceder si no se tomaran esas precauciones, específicamente mencionó a esas cosas, los Habitantes del Mundo Oculto, los llamaba. Pero fui descuidado. No preveía esto. Pensé que podría obtener un efecto más fuerte si no tomaba esas precauciones, y así mejorar mis historias. Abrí la puerta de entrada y los volví a llamar a la Tierra.

Miró al espacio, con los ojos en blanco y sin ver.

—He cometido un pecado terrible por mi negligencia —murmuró.

Mason se puso de pie de repente, todo su cuerpo estaba temblando.

—¡No puedo quedarme aquí! Nos volverá locos a todos. Estamos a solo una hora en coche de Santa Bárbara. ¡No puedo soportar esta espera con esa cosa afuera regodeándose sobre nosotros!

¿Mason también estaba perdiendo la cordura ante esta amenaza invisible?

Las aves marinas, un espejismo, quizás hombres, indudablemente eran los responsables del miedo de Mason. Intenté decirme eso. Pero en el fondo de mi corazón sabía que ningún miedo ordinario podría haber llevado a mis dos compañeros al borde de la histeria. Y sabía que sentía una extraña reticencia a salir a esa melancólica y silenciosa oscuridad en la playa.

—No —dijo Hayward—. No podemos, eso sería entregarnos directamente a la cosa. Estaremos bien aquí.

Pero no había tranquilidad en su voz.

—¡No puedo quedarme aquí sin hacer nada! —gritó Mason—. Les digo que todos nos volveremos locos. Sea lo que sea, tengo mi arma. ¡No me quedaré aquí!

Estaba fuera de sí. Sacó de su bolsillo una automática y se dirigió hacia la puerta.

Hayward estaba de pie, con absoluto horror en los ojos.

—¡Por el amor de Dios, no abras esa puerta! —gritó.

Pero Mason lo ignoró y abrió la puerta. Una ráfaga de viento helado sopló sobre nosotros. La niebla exterior se arrastraba, enviando volutas grasientas que se enrollaban como tentáculos hacia la puerta.

—¡Cierra la puerta! —gritó Hayward mientras se lanzaba por la habitación.

Avancé apresuradamente mientras Mason saltaba a la oscuridad. Choqué con Hayward, y entonces escuché el crujido de los pasos de Mason en la arena, y algo más...

Un chillido agudo y maullante. De alguna manera, feroz, exultante. Y fue respondido desde la distancia por otros gritos, como si docenas de aves marinas volaran por encima de nosotros, invisibles en la niebla.

Escuché otro sonido extraño, pero no pude clasificarlo. Sonaba vagamente como un grito que se había cortado bruscamente. Hubo un aullido de vientos y vi a Hayward aferrado a la puerta, estupefacto. En un momento vi por qué: Mason había desaparecido, como si hubiera sido llevado por un ave de rapiña. Solo estaba la playa vacía, las bajas dunas a la izquierda, pero ningún signo de Bill Mason.

Estaba aturdido. No podría haber salido corriendo de la vista durante el breve tiempo que mis ojos habían sido apartados. Tampoco podría haberse escondido debajo de la casa, ya que estaba tapiada hasta la arena.

Hayward me dirigió una mirada cruda.

—Lo tienen —susurró—. Es su primera víctima. Dios sabe lo que sucederá ahora.

Sin embargo, buscamos algún rastro. Fue en vano. Bill Mason había desaparecido. Fuimos hasta su auto, pero él no estaba allí. Si las llaves del auto hubieran estado en el tablero, podría haberle pedido a Hayward que se subiera al auto conmigo. Tenía miedo, pero no me atrevía a admitirlo ni siquiera para mí.

Regresamos a la cabaña lentamente.

—Solo faltan unas pocas horas hasta el amanecer —dije después de sentarnos y mirarnos por un rato—. Podremos encontrarlo entonces.

—Nunca lo encontraremos —dijo Hayward con voz apagada—. Está en un mundo infernal que ni siquiera podemos imaginar. Incluso puede estar en otra dimensión.

Sacudí la cabeza tercamente. No podía creer, no lo creería. Debía haber alguna

explicación lógica, y no me atreví a bajar mis defensas de escepticismo e incredulidad.

Después de un tiempo escuchamos un agudo maullido desde afuera. Se oyó de nuevo, y luego varios gritos agudos a la vez. Encendí un cigarrillo con dedos temblorosos, me levanté y paseé nerviosamente por la habitación.

—Esa maldita droga —escuché a Hayward murmurar—. He abierto la Puerta.

Hice una pausa, mi atención fue captada por una palabra, una oración, en una hoja de papel en la máquina de escribir de Hayward. La arranqué de la platina.

—Material para una historia —dijo Hayward con amargura—. Escribí eso hace dos noches, cuando recuperé el recuerdo de las cosas. Te dije cómo funcionan esas malditas píldoras. Obtuve el recuerdo durante la tarde, y me senté a escribir la historia esa noche.

No respondí. Estaba leyendo, fascinado, esa media página. Y, mientras leía, un espeluznante hechizo de horror pareció asentarse sobre mí, como un frío manto de niebla húmeda. Porque en esa leyenda sobrenatural que había escrito Hayward, había ciertos indicios inquietantes de esas cosas que hacían que mi mente se estremeciera de espanto.

El manuscrito decía:

«Yo vivía en un mundo arcaico. Un mundo que había sido olvidado por mucho tiempo cuando la Atlántida y Cimmeria florecieron, un mundo tan increíblemente antiguo que ninguno de sus registros ha llegado a través de los siglos.

«La primera raza humana habitó en Mu, adorando a dioses extraños y olvidados: Cthulhu del Abismo Acuático, alto como la montaña, Yig, la Serpiente, Iod el Cazador Brillante, Vorvados del Golfo Gris de Yarnak. Y en esos días llegaron a la Tierra ciertos seres de otra dimensión del espacio, criaturas inhumanas y monstruosas que deseaban eliminar toda la vida del planeta. Estos seres planearon dejar su propio mundo moribundo para colonizar la Tierra, construyendo sus ciudades titánicas en este planeta más joven y fructífero.

«Con su llegada, surgió un tremendo conflicto, en el que los dioses amigos de la humanidad se enfrentaron a los invasores hostiles. El primero en esa batalla ciclópea, el más poderoso de los dioses de la Tierra, fue el Llameante, Vorvados de Bel-Yarnak, y yo, el sumo sacerdote de su culto, encendimos... »

Ahí terminaba el manuscrito.

Hayward me había estado observando.

—Ese fue mi sueño, Gene, la última vez que tomé la droga del tiempo. No estaba tan claro como otros sueños: siempre hay puntos ciegos, huecos extraños donde mi memoria de alguna manera no resuena. Pero la droga me mostró lo que había sucedido en esa vida prehistórica mía, hace tantas encarnaciones. Ganamos, o más bien ganaron nuestros dioses. Los invasores... esas cosas...

Se interrumpió cuando sonó otro grito, muy cerca, y luego reanudó con voz inestable.

—Fueron conducidos de regreso a su propio mundo, su propia dimensión, y la puerta de entrada estaba cerrada, por lo que no podían regresar. Se ha mantenido cerrada durante todos estos eones. Y todavía estaría cerrada —continuó con amargura—. Si no la hubiera abierto con mis experimentos, o si hubiera tomado las precauciones citadas en Los Misterios del Gusano... Pero ahora tienen a Mason, y eso es todo lo que necesitan. Lo sé, de alguna manera. Un sacrificio para abrir la puerta entre este mundo y su propia dimensión espantosa, para que sus hordas puedan venir a la Tierra. Así es como llegaron antes. Por un sacrificio humano...

—¡Escucha! —levanté la mano con urgencia.

Los gritos habían muerto, pero hubo otro sonido: un leve gemido agudo proveniente del exterior de la cabaña. Hayward no se movió.

—Puede ser Mason —dije, y fui hasta la puerta.

Momentáneamente vacilé, y luego la abrí y salí a la playa. Los gemidos se hicieron más fuertes. Hayward se acercó lentamente a mi lado. Sus ojos eran más agudos que los míos, ya que al mirar hacia los bancos de niebla emitió una exclamación de sorpresa.

—¡Dios! —extendió un brazo, señalando—. ¡Mira eso!

Entonces yo también lo vi, y me quedé allí, incapaz de moverme.

Allí, en esa playa del Pacífico, con la luz amarilla de la puerta abierta que se derramaba en la niebla, algo se arrastraba dolorosamente sobre la arena hacia nosotros, algo distorsionado, deformado, emitiendo pequeños gritos quejumbrosos a medida que avanzaba. Entró en el haz de luz y lo vimos claramente.

A mi lado, Hayward se balanceaba de un lado a otro, emitiendo sonidos roncacos como si tratara de gritar y no pudiera. Me tambaleé hacia atrás, levantando un brazo para proteger mis ojos horrorizados, gruñendo:

—¡Aléjate! ¡Por el amor de Dios, atrás! ¡Tu... tu... no eres Bill Mason!

Pero la cosa siguió arrastrándose hacia nosotros. Los huecos negros e invisibles donde habían estado sus ojos eran como sombras en la tenue luz. Había sido desollado vivo, y sus manos dejaron marcas rojas en la arena mientras se arrastraba. Un pedazo de cráneo, blanco y desnudo, brillaba como una espantosa tonsura en la cabeza carmesí.

Tampoco eso fue todo, pero no puedo describir los cambios terribles y repugnantemente anormales que tuvieron lugar en el cuerpo de lo que había sido Bill Mason. E incluso mientras se arrastraba, ¡estaba cambiando!

Una terrible metamorfosis se estaba produciendo. Parecía estar perdiendo su contorno, se extendía, más que arrastrarse por la arena. ¡Entonces lo supe! ¡En el espacio de segundos estaba invirtiendo todo el aumento evolutivo de la especie humana! Se retorció allí como una serpiente, perdiendo su parecido con cualquier cosa humana, enferma y temblorosa. Se deritió, se encogió y se marchitó hasta que no quedó nada más que un repugnante limo asqueroso que se extendía en un odioso charco negro. Me escuché jadear oraciones histéricas e ininteligibles. Y, de repente, una penetrante sacudida de frío me atravesó. En lo alto de la niebla escuché un grito estridente.

Hayward se aferró a mi brazo, sus ojos ardían.

—Ha llegado —susurró—. Es el sacrificio, ¡se están abriendo paso!

Me di la vuelta y salté hacia la puerta abierta de la cabaña. El frío helado y antinatural estaba adormeciendo mi cuerpo, frenando mis movimientos.

—Vamos —le grité a Hayward—. ¡Tonto, no te quedes afuera! ¡Ya ha habido un sacrificio! ¿Debe haber otros?

Se precipitó dentro de la casa y cerré de golpe la puerta.

Ahora los gritos sobrenaturales venían de todas direcciones, como si las cosas se llamaran y respondieran unas a otras. Creí sentir una nueva nota en los gritos: una nota de expectativa, de triunfo.

La cortina de la ventana se enroscó con un chasquido, y la niebla comenzó a moverse más allá del panel, enroscándose y retorciéndose fantásticamente. En una ráfaga repentina, la ventana se sacudió. Hayward dijo en voz baja:

—¡Dios mío! Pobre Mason. ¡Vigila la puerta, Gene! —su voz fue estrangulada.

Por un momento no vi nada. Luego la puerta se abrió hacia adentro como si se hubiera aplicado una presión espantosa desde afuera. Un panel crujió con un sonido desgarrador, y contuve el aliento. Entonces, se detuvo.

El pomo de la puerta de metal estaba recubierto por una película blanca de escarcha.

—Esto, esto no es real —dije locamente, aunque estaba temblando en el frío.

—Lo suficientemente real. Se están abriendo paso...

Entonces Hayward dijo algo tan extraño que me hizo mirarlo fijamente. Como un hombre en un estado hipnagógico, murmuró con una voz gutural:

—Los fuegos arden en Nergu-K'nyan y los Vigilantes escanean los cielos nocturnos en busca de los Enemigos: la arena de ny'ghan tharanak...

—¡Hayward! —lo agarré de los hombros y lo sacudí.

La vida volvió a sus ojos.

—Un punto ciego —murmuró—. Recordé algo, ahora se ha ido.

Se estremeció cuando un nuevo estallido de los gritos llegó desde arriba de la casa. Una extraña suposición había estallado en mi cerebro. Había una salida, una llave de liberación del mal: ¡Hayward la tenía y no lo sabía!

—Piensa —dije sin aliento—. ¡Piensa como si tu vida dependiera de eso! ¿Qué era ese recuerdo?

—¿Eso importa ahora? Esto... —Él vio la expresión en mi rostro, su significado le llegó a él y respondió soñadoramente—: Parecía estar en la cima de una montaña, de pie ante el altar de Vorvados, con un gran fuego ardiendo en la oscuridad. A mi alrededor había sacerdotes con túnicas blancas... Vigilantes...

—Hayward —dije—. ¡Vorvados, mira aquí! —tomé la media página del manuscrito, leí apresuradamente—: los dioses amigos de la humanidad se enfrentaron a los invasores.

—¡Veo a que te refieres! —gritó Hayward—. Triunfamos, entonces. Pero ahora...

—¡Hayward! —persistí desesperadamente—. ¡Piensa! Estabas parado en una montaña mientras los Vigilantes escaneaban los cielos nocturnos en busca de los Enemigos, dijiste. Los enemigos deben haber sido esas criaturas. ¿Y si los Vigilantes los vieran?

De repente, la casa se sacudió bajo un impacto que no fue obra del viento. ¡Dios! ¿Mis esfuerzos darían fruto demasiado tarde? Escuché un estallido de aullidos agudos, y la puerta crujió y se astilló. Hacía un frío terrible. El aire helado nos arrojó contra la pared, casi perdiendo el equilibrio.

De nuevo la casa se sacudió bajo otro impacto. Me castañeteaban los dientes y apenas podía hablar. Un mareo negro se estaba arrastrando, y mis manos y pies habían perdido toda sensibilidad. En un remolino de oscuridad vi la cara pálida de Hayward.

—Es una oportunidad — jadeé, luchando contra la oscuridad—. ¿No habría alguna forma de convocar a los dioses, los dioses amigos, si los Vigilantes vieran a los Enemigos? Tú, tú eras el sumo sacerdote en esa vida anterior. Sabrías cómo invocarlos.

La puerta se rompió. Escuché que la madera se desgarraba sin piedad, pero no me atreví a girar.

—¡Sí! —gritó Hayward—. Lo recuerdo, ¡había una palabra!

Vi su mirada asustada hacia mis espaldas, observando aquello que estaba rasgando la puerta rota. Busqué a tientas sus hombros.

—¡Piensa!

De repente, una luz brilló en sus ojos. Estaba reaccionando al fin.

Levantó los brazos y comenzó un canto extraño y sonoro. Palabras de sonido arcaico fluyeron de su lengua con fluidez. Pero ahora no tenía ojos para él: estaba mirando el horror que se estaba escurriendo a través del espacio astillado que había roto en la pared.

¡Era lo que Hayward había esbozado, revelado en toda su repugnante realidad!

Mi mareo me salvó de ver la cosa con demasiada claridad. Tal como estaba, un grito de horror absoluto se desvaneció de mi garganta cuando vi, a través de un remolino de oscuridad, una bola escamosa y brillante cubierta de tentáculos retorcidos como serpientes: carne de marfil translúcida, leprosa y horrible: un gran ojo facetado que mantenía la fría mirada de la serpiente Midgard. Parecía estar cayendo, girando, sin poder hacer nada hacia un grupo de tentáculos brillantes y retorcidos, y apenas podía escuchar a Hayward todavía cantando.

—¡la! Rhyn tharanak... ¡Vorvados de Bel-Yarnak! El perturbador de las arenas! Tú que esperas en la Oscuridad Exterior, Amante de la Llama... n'gha shuggy'haa...

Él pronunció una palabra. Una Palabra de Poder, que mis aturdidos oídos apenas pudieron escuchar. Sin embargo, lo hice. Y sentí que más allá de las fronteras de la conciencia y la comprensión humanas, esa Palabra resonaba a través de los espacios intergalácticos hasta el abismo más lejano. Y en la noche primitiva Algo escuchó, se

levantó y respondió a la invocación.

Porque, con la brusquedad de un trueno, la oscuridad cayó sobre la habitación, ocultando de mi vista la monstruosa cosa brillante que se precipitaba hacia nosotros. Escuché un terrible grito, y luego se hizo un silencio absoluto, en el que ni siquiera podía escuchar el ruido de las olas. El frío abismal envió agudos destellos de dolor a través de mí.

Luego, fuera de la oscuridad, se levantó ante nosotros una Cara. La vi a través de una bruma de niebla plateada que se aferraba a ella como un velo. Era completamente inhumana, ya que las características a medio ver estaban dispuestas en un patrón diferente al de la humanidad, pareciendo seguir el extraño patrón de una geometría extraña. Sin embargo, no me asustó, me calmó.

A través de la niebla plateada distinguí huecos extraños, curvas y planos fantásticos. Solo los ojos estaban definidos, inconfundibles: negros como los desechos vacíos entre las estrellas, fríos en su sabiduría sobrenatural.

Había pequeñas llamas danzantes parpadeando en esos ojos, y también había pequeñas llamas jugando sobre el semblante extraño e inhumano. Y aunque ninguna sombra de emoción pasó sobre esos ojos melancólicos y sin pasión, sentí una ola de tranquilidad. De repente todo el miedo me dejó. A mi lado, invisible en la oscuridad, escuché a Hayward susurrar:

—¡Vorvados! ¡El Amante de la Llama!

Rápidamente la oscuridad retrocedió, la cara se desvaneció en una penumbra. Estaba mirando, no a las paredes familiares de la cabaña, sino a otro mundo. Había bajado con Hayward a las profundidades del pasado.

Parecía estar parado en un vasto anfiteatro y, a mi alrededor, elevándose hacia un cielo rociado con una infinita multitud de estrellas frías, podía ver una ciudad colosal e impactante de torres y fortalezas negras, de grandes masas de piedra y metal, puentes arqueados y murallas ciclópeas. Y con espantoso horror, vi repugnantemente en esa ciudad de pesadilla el engendro de esa dimensión alienígena.

Cientos, miles, multitud de ellos, colgando inmóviles en el aire oscuro y claro, descansando en reposo en los niveles del anfiteatro, surgiendo a través de los grandes espacios despejados. Vislumbré ojos brillantes, fríos y sin parpadear; masas pulposas de carne semitransparente; monstruosos apéndices reptilianos que nadaban ante mis ojos mientras las cosas se movían con asco. Me sentí contaminado. Creo que grité, y mis manos se alzaron para bloquear esa visión intolerable del Abaddón perdido: la dimensión de los Invasores.

Abruptamente, esa visión del otro mundo se desvaneció.

Vi fugazmente el rostro extraterrestre y divino, sentí la fría mirada de esos ojos extraños y omniscientes. Luego desapareció, y la habitación pareció sacudirse y balancearse bajo el control de las fuerzas cósmicas. Entonces volví a ver a mi alrededor las paredes de la cabaña.

El frío insoportable ya no estaba en el aire; no había sonido sino el golpeteo de las olas. El viento aún hacía que la niebla se apretara contra la ventana, pero el sentimiento melancólico y opresivo del mal antiguo había desaparecido por completo. Envié una mirada aprensiva a la puerta destrozada, pero no había rastro del horror que había estallado en la cabaña.

Hayward estaba apoyado sin fuerzas contra la pared, respirando con dificultad. Nos miramos tontamente. Luego, movidos por un impulso común, fuimos, medio tambaleando, hacia la brecha astillada donde había estado la puerta, hacia la arena.

La niebla se estaba desvaneciendo, hecha jirones por un viento fresco. Un parche de cielo nocturno iluminado por las estrellas brillaba sobre la cabaña.

—Regresaron —susurró Hayward—. Como lo hicieron antes: volvieron a su propia dimensión y la puerta de enlace se cerró. Pero no antes de que una vida fuera tomada por ellos, la vida de nuestro amigo, que el Cielo me perdone por eso.

De repente, se volvió y entró tropezando en la cabaña, emitiendo grandes sollozos secos.

Y mis mejillas también estaban húmedas.

Hayward volvió a salir. Me paré a su lado mientras arrojaba los píldoras de tiempo al mar. Nunca más volvería al pasado. Viviría de ahora en adelante en el presente y un poco en el futuro.